— ¡Já!... ¡já!... ¡la que se iba á casar con el Carlitos!... Ha hecho un negocio soberbio. ¡Pobre mujer! ¡muchas veces las ilusiones nos ciegan el sentido!...

CAPÍTULO XVII.

CONTINÚA EL ANTERIOR.

—

Al salir el conde de Cinkar de casa de la marquesa del Rio apoyado en el robusto brazo de Ruderico, preguntó á su fiel criado:

— ¿Qué te ha parecido el encuentro?

— No muy bueno, señor.

— ¿Qué dices? ¿acaso no te han bastado las explicaciones con que Pereival ha desvanecido nuestras sospechas?

— Hubiéranme bastado sin una circunstancia.

— ¿Cuál?

— ¿Recordáis su conversacion con la princesa?

— Perfectamente.

— ¿Y no tenéis presente que al referirle su historia, hizo mencion várias veces de una niña que llevaba de la misma edad que vuestra hija?

— Tienes razon.

— Esa circuntancia, ha tenido Pereival precaucion

de callarla, y no se comprende como la fingida princesa iba otra vez á servirles de criada, llevando una niña de pocos meses, y exponiéndola á los peligros de tan larga navegacion.

— Has despertado en mi alma con tu oportuna observacion una sospecha que estaba muy léjos de abrigar.

— Yo creo desde luego que hay misterio; y esos barones de Pereival deben tener con esa aventurera vínculos mas estrechos que los que han querido suponer.

— Viviremos prevenidos. Mucho nos conviene tratarlos á fondo y frecuentar su casa. Tú me acompañarás siempre, con el pretexto del reuma que no me permite manejarme. Así quedándote fuera algunas veces, podrás observar y hacerte amigo de alguno de los criados.

— No me descuidaré.

— Ahora vamos á casa, escribiremos á tu padre para que active cuanto ántes las diligencias que le tenemos encargadas.

— Eso va á ser un golpe terrible para la farsanta.

— ¡Oh! sí; y afortunadamente, para que todo sea más breve, la fragata *Santa Rita* está en el puerto de Cádiz. Conseguimos los documentos necesarios que acrediten la defuncion de mi esposa, y se hace inmediatamente que en los estados de Florini se tenga á esa mujer por una usurpadora aventurera, lo que no podrán ménos de creer acompañando las pruebas de lo que aquí ha pasado, y de ese modo cesa de percibir

las rentas, y acaso logremos apresar al encargado de cobrarlas haciendo nos descubra dónde se oculta la farsanta.

— ¡Oh! ¡ha sido una idea magnífica! y no podrá escapar del lazo.

El conde y Ruderico continuaron en su confidencial conversacion.

Pasaron muchos dias, en los cuales hicieron algunas visitas á Flora; esta siempre los recibió con la mayor finura, siguiendo su táctica de inspirar confianza para poder herir despues con mayor seguridad.

Entre tanto Rosa y Flor del Espino, contratadas en el teatro, estaban llamando la atencion de toda la corte y adquiriendo como cantantes una fama universal, tan justa como merecida.

Confesaron francamente su triste posicion y sus desgracias al empresario; este las protegió y desde luego las hizo habitar en su misma casa con objeto de librarlas de cualquier tentativa por parte de la Corneja y sus cómplices.

De todos sus amigos y conocidos, el primero que supo su casa y la nueva carrera que con tan buen éxito habian emprendido, fué Sebastian.

Le dejámos al finalizar el capítulo IV en casa de su maestro, y ambos con doña Aurora sumamente tristes por la desaparicion de las niñas. Desde el siguiente dia no cesaron sus indagaciones, que por desgracia fueron infructuosas.

La casualidad se encargó, cuando ménos lo esperaban, de satisfacer su ardiente anhelo.

Una tarde hallábase Sebastian en su gabinete de estudio concluyendo un retrato pequeño; don Constantino leía atentamente unos papeles de familia que su madre le habia entregado.

Hubo de concluir sin duda, porque levantando la cabeza dijo á su discípulo:

— ¿Está ya ese retrato?

— Sí; y en verdad que no sé qué hacer, tenemos aquí estos tres sin poder terminar ninguno.

— En la cuñada de la marquesa del Rio no extraño la ausencia; continuará enferma; pero ese caballero es particular no haya vuelto por aquí.

— Y mucho mas teniendo ya pagado el retrato.

— Doble motivo para extrañarlo. El de esas infelices niñas, creo no se terminará.

— ¿Por qué decís eso, mi querido maestro?

— Cuando no han vuelto por aquí, lo cual era nuestra única esperanza, ni por mas esfuerzos que empleamos se averigua su paradero, me figuro si las tendrán encerradas ó las habrán sacado de Madrid.

Sebastian bajó la cabeza con abatimiento, despues de haber fijado en el retrato de Flor del Espino una mirada dolorosa.

Don Constantino continuó:

— Y mi madre no cesa de contemplarlas, y tiene la fatal aprehension de que son hijas de su hermano.

— ¡Quién sabe si será cierto su presentimiento!

— Aquí me ha hecho examinar todos estos papeles que refieren su historia, en los cuales solo veo que, por la severidad con que era tratado por su madrastra,

se escapó de la casa paterna, viniendo á la corte, donde algun tiempo despues se casó con una jóven modista. Este casamiento, como todo lo que él hacia, fué á disgusto de sus padres. Al poco tiempo de casado, se supo habia muerto dejando dos niñas.

Estas son las únicas noticias que tienen. Cuando mi madre vino con mi padre y conmigo á establecerse á la corte, hizo várias indagaciones por descubrir el paradero de la viuda y las niñas, y hasta hoy han sido tan infructuosas, como las nuestras por encontrar á Rosa y Flor del Espino.

— ¿Y en qué se funda para creer á éstas hijas de su hermano?

— En el parecido, que ciertamente es admirable, y en un vago presentimiento de su corazon.

— ¿Tenéis el retrato de él?

— Sí, mírale.

Sebastian le miró y pasmado de la semejanza de aquel rostro expresivo y enérgico con la fisonomía igualmente interesante de Rosa, no pudo ménos de exclamar:

— ¡Oh! ¡casi estoy por abrigar su creencia!

— ¿Tú tambien?

— ¡Si es la misma fisonomía!... ¡los mismos rasgos, la expresion, todo!... Mirad!...

— Ya lo veo, pero muy bien puede ser obra de la casualidad.

— Desde luego esas niñas no son hijas de la Corneja. Esta infame mujer las robó en Paris, y es preciso á todo trance averiguar su orígen y el nombre de sus padres.

— Lo primero es encontrarlas á ellas, dijo don Constantino.

— ¡Aquí están! exclamó doña Aurora penetrando en el gabinete con Rosa y Flor del Espino.

Nuestros lectores se imaginarán la escena que seguiria á tan impensada presentacion. Todo fueron plácemes y felicitaciones, estrechándose desde aquel momento las relaciones entre tan amables personas de una manera íntima y cordial.

— Nosotros veníamos á concluir el retrato, dijo Rosa despues de algunas explicaciones, cuando nos hemos encontrado á esta señora en la escalera, notando con sorpresa que nos miraba con demasiado interes.

— ¡Como que se figura si seréis sus sobrinas! exclamó don Constantino.

— ¡Oh! ¡si fuera verdad! seria una dicha inmensa para nosotras, contestó Flor del Espino.

Rosa, á instancias de doña Aurora, refirió toda su historia, la que los dejó en la misma duda, sin poder aclarar la certeza de sus sospechas. Solamente que todos adquirieron por su relato, y lo ocurrido despues, la conviccion de que no eran hijas de la Corneja.

Sebastian, en cuyo hermoso semblante se notaba la mas plácida alegría, no pudo contener los impulsos de su alma, y sin poderlo remediar, sus ojos se fijaron con adoracion en Flor del Espino.

La cándida niña sintió el fuego de aquella mirada, adivinando el sentimiento del adolescente, al cual no podia corresponder por hallarse comprometida con su idolatrado Rafael.

Rosa, cuya natural franqueza era tan expansiva, y no sabiendo ocultar sus inclinaciones, preguntó á Sebastian por Cárlos.

—Hace algunos dias que no le veo, contestó el jóven.

Las mejillas de Rosa se coloraron ligeramente, porque en aquel momento advirtió una mirada profunda y melancólica que don Constantino habia fijado en ella.

Por supuesto que el retrato no se concluyó aquella tarde; Rosa y Flor del Espino se marcharon habiendo ántes informado á sus nuevos amigos de la casa donde vivian y el teatro en que estaban contratadas.

No aceptaron ninguno de los ofrecimientos de tan generosa familia, únicamente el que Sebastian y su maestro las hicieron de ir todas las noches á aplaudirlas.

CAPITULO XVIII

LA QUINTA DE VALLE-REAL.

—

Abandonamos la corte, lectores mios, y vamos por unos dias á distraer nuestra imaginacion en las risueñas márgenes del caudaloso Tajo.

En un hermoso valle que, ya por la fecundidad y lozanía de su suelo ó porque en él tienen su casa solariega los marqueses de Valle-Real, lleva este

mismo nombre, se alza elegantemente construida una pequeña casita, compuesta de piso bajo y principal. Blanca como la nieve, y con persianas verdes en las ventanas y balcones, hállase rodeada de un jardin que resguarda apénas un ligero enverjado de madera.

Desde la puerta de la casa hasta la entrada del jardin, hay un emparrado que forma una hermosa y entoldada calle donde solo penetra el sol á traves de los verdes y lozanos pámpanos que guarnecen la techumbre. Al pié de las parras, y de trecho en trecho, brotan magníficos rosales y caprichosas plantas de enredaderas, que entrelazándose á los troncos vecinos, y ostentando su multitud de campanillas de varios colores, forman de aquel sitio por su frescura y belleza un paseo encantador.

Á corta distancia cruza el rio Tajo, en cuya amena orilla se elevan frondosos álamos, creciendo en derredor infinitas florecillas y yerbas olorosas que perfuman el ambiente con su preciado aroma y ofrecen al cansado pié del caminante blanda alfonbra, al propio tiempo que le resguardan de los ardientes rayos del sol.

Apénas la aurora se anunciaba tornasolando el cielo por la parte de oriente con sus brillantes y arrebolados celajes, cuando ya se notaba en Valle-Real movimiento y animacion.

Los pastores conducian sus ganados al pasto, y en la puerta de la quinta habia varios criados haciendo preparativos como si esperasen al dueño de la casa.

En el espacio dejaba admirar un azul espléndido y majestuoso la purísima y despejada atmósfera, susurrando doquiera una brisa dulce y suave, que movia ligeramente las copas de los árboles donde mil canoras avecillas entonaban melodiosos himnos saludando á la rosada aurora.

¡Cuán bello aparece el campo en la madrugada de un hermoso dia! ¡Oh! ¡cuán sublime cuadro nos presenta la naturaleza en el ameno paraje que acabo de bosquejar ligeramente y en el que he pasado mi infancia y parte de mi juventud!

Una grave emocion inunda el alma al escuchar la sonora armonía del rio que murmura blandamente, de las aves, los céfiros, el acompasado paso de los ganados y el balar de los corderos, unido á los balsámicos olores que exhalan las plantas y odoríferas semillas de la ribera.

¡Toda criatura que en su pecho aliente la fe religiosa, no podrá ménos de bendecir conmovida la mano omnipotente que da impulso á una vegetacion tan lozana y esplendorosa y nos presenta reunidas tantas y tantas maravillas!...

Un criado iba á entrar en la quinta con un gran tarro de leche, cuando se presentó un ermitaño venerable tanto por su ancianidad, su luenga y blanca barba, como por el austero sayal que le servia de traje.

— Buenos dias, padre Anselmo, dijo el pastor con respeto al ermitaño, ¿queréis un vaso de leche? Ahora está recien ordeñada y os gustará.

— Gracias, Anton, acabo de desayunarme.

— Como siempre, algun mendrugo de pan negro, hé?

— ¡Lo que Dios me da! amiguito, vivo de las limosnas y me mantengo con lo que la santa caridad tiene á bien proporcionarme.

— Pues en adelante con los nuevos señores que vienen á la quinta no os irá mal.

— ¡Sí! ¿qué me cuentas? ¿Conque por fin vienen á habitar esta hermosa casa que tanto tiempo lleva desierta?

— Sí, señor.

— ¿Y quiénes son? ¿se sabe?

— No os puedo decir su nombre, padre Anselmo. Únicamente me han dicho que una princesa ha comprado la casa, y que viene á pasar en ella una temporada y á disfrutar los aires del campo una hija de esta señora, á la cual acompañan su aya y una doncella. En este momento las estamos esperando. Ayer se recibió aviso de que no se detenian en toda la noche con objeto de estar aquí de madrugada.

— ¡En ese caso no deben tardar!...

El pastor tendió una mirada á lo largo del camino y exclamó:

— ¡Pero calla! ¿No es aquel bulto que se ve á lo léjos un coche? Á la derecha del olivar.

— No puedo asegurarlo, hijo mio; ¡mi vista alcanza tan poco!... contestó el anciano ermitaño.

— Ellos son, no hay duda; voy corriendo á dar el aviso á los demas criados.

El pastor, volviendo á coger su tarro de leche que habia dejado en el suelo, echó á correr por las habitaciones interiores gritando como un loco :

— ¡La señorita! ¡la señorita!.....

El ermitaño fué á sentarse junto á un árbol en un sitio desde donde los viera pasar contemplando á su sabor á los nuevos habitantes de la casita del valle.

Efectivamente, el coche de Cárlos avanzando rápidamente llegó á pararse á la puerta del jardin.

Cárlos, apeándose el primero, dió la mano á Edelmira, dejando al lacayo el cuidado de hacer lo propio con el aya y Lisa.

Cogidos del brazo los enamorados jóvenes se internaron por la hermosa y entoldada calle, encontrándose á poco en la pequeña glorieta donde se hallaba situada la entrada principal de la casa.

— ¡Oh! ¡qué magnífico! ¡qué bella posesion es esta!... dijo Edelmira dejándose caer en un banco de madera inmediato á un rústico cenador.

— ¡Poético! ¡sublime! ¡á tu lado pasaria aquí toda mi vida! murmuró Cárlos sentándose junto á la niña, cuyo semblante se coloró ligeramente, ignoro si por la galantería de su amante ó por el temor de que lo hubiese oido el aya que con Lisa los seguía á corta distancia.

Un hombrecillo pequeño y regordete, que ejercia las funciones de mayodormo ó administrador de la quinta, salió á cumplimentar á su jóven ama poniéndose con los demas individuos de la servidumbre á su disposicion.

La sencilla y amable Edelmira le dispensó de toda etiqueta, indicándole deseaba se sirviese un ligero desayuno en aquel cenador que tenia á su derecha cubierto de verde follaje.

El mayordomo desapareció á cumplir esta órden y doña Crispina, medio refunfuñando y de mal humor, se sentó cerca de ellos y empezó á hacer inclinaciones con la cabeza, lo cual demostraba que el cansancio y el sueño no la permitian tenerla erguida. Lisa con este motivo hizo á los amantes un signo malicioso, y Edelmira, comprendiéndolo al momento, se apresuró á decir :

— Doña Crispina, retiraos si gustáis á descansar; en vuestros años, la mas leve fatiga hace mas impresion que en nosotras.

— Aprovechando vuestro permiso, voy inmediatamente á meterme en la cama. Vos, debéis tambien estar cansada; desde ayer tarde caminando y en una misma postura, es demasiado molesto...

— No lo creáis, aya mia; para mí este viaje ha sido, mas que fatigoso, recreativo, y teniendo por término una perspectiva tan agradable como la que desde aquí se disfruta, es el colmo de la dicha.

— Bien; si en ello gozáis, corriente. Yo no puedo con el sueño.

— Adios, pues; descansad.

— ¡La Magdalena te guie!... murmuró Cárlos gozoso cuando el aya desapareció de su vista.

— Si estorbo yo tambien, me marcharé, dijo Lisa.

— Tú nos servirás el desayuno, repuso Edelmira.

Desde aquel momento los enamorados jóvenes se entregaron á su regocijo y al placer de estar libres sin importunos testigos.

Entre tanto el ermitaño que habia pensado aquel dia retirarse sin limosna, se fué acercando poco á poco con vacilante paso y apoyado en su enorme báculo.

— ¡Muy buenos dias, señoritos! murmuró. ¡Una limosna para la santísima Vírgen de Villaverde!...

— ¡Qué decís, buen hombre! exclamó Edelmira asombrada. ¿acaso la Vírgen pide limosna?

— La imploro en su nombre para sostener el culto en su sagrada ermita que tengo á mi cargo.

— ¡Tan pobre está!...

— ¡Oh! ¡mucho!... Desde que murió la desgraciada y noble señorita que habitaba esta quinta y el último vástago de la ilustre casa de Valle-Real, que eran los que con sus cuantiosas limosnas sostenian el culto, nadie acude á depositar una moneda en el cepillo, y apénas con lo que puedo adquirir en los pueblos inmediatos basta para mantener ardiendo la lámpara, y efectuar alguno que otro indispensable reparo en el santuario.

— ¿Y quiénes eran esos señores que habéis mencionado? preguntó Cárlos.

— ¡Al recordarlos, señor, no pudo ménos de llorar! es una historia muy dolorosa la suya, replicó el ermitaño limpiando con el reves de su callosa mano dos lágrimas que rodaron por sus mejillas.

— ¡Yo quisiera saberla!... murmuró Edelmira.

— El buen ermitaño nos la contará, ¿no es verdad? dijo Carlos.

— Con mucho gusto; pero es para despacio.

— En ese caso, iremos todas las tardes á la ermita, y nos la contaréis, dijo Edelmira. Con eso visitaremos á la santísima Vírgen, haremos restaurar su santuario, dedicando una buena suma para restablecer el culto.

— ¡El cielo os lo premiará, noble señora! murmuró el anciano trémulo de gozo.

— Sí, añadió Cárlos, yo tambien uniré mis auxilios y mis esfuerzos á los de esta señorita.

— Y desde hoy, buen hombre, se apresuró á decir la jóven, no volváis á pedir limosna en nombre de la Vírgen, pues nosotros nos encargamos de atender á todo cuanto sea necesario.

El pobre viejo, en su fervor religioso, no hubiera concluido nunca de bendecir y elogiar la generosidad de los nuevos habitantes de Valle-Real; pero Cárlos, deseando alejarle, le dijo:

— Id descuidado, y esperadnos esta tarde á la caída del sol.

— ¿No estará muy léjos la ermita, hé? preguntó Edelmira.

— Desde aquí se distingue; vedla en la cúspide de aquel cerro.

— Bien, bien; adios, no faltaremos.

El pobre viejo, llorando de alegría, se despidió con mil cumplimientos de sus nuevos favorecedores. Estos prosiguieron su interrumpido desayuno, que les pareció delicioso.

— ¡Oh, qué feliz soy! murmuraba Edelmira : nunca he disfrutado una dicha semejante. Este sitio encantador, este desayuno al aire libre, escuchando á lo léjos el murmurio del rio y sobre nuestras cabezas el gorjeo de las aves, llena mi alma de un gozo indefinible.

— ¿Y te causa esto mas placer que mi presencia? la dijo Cárlos con una dulce mirada.

— Tú contribuyes á aumentar mi regocijo, y acaso sin tu cariño me pareceria esta soledad insoportable.

Edelmira tenia razon; toda alma enamorada es poética y halla bellezas y poesía en cuanto la rodea.

CAPÍTULO XIX.

LA ERMITA DE VILLAVERDE.

Ruego á mis amables lectores, me dispensen si en mi novela censagro algunas líneas en describir aunque ligeramente unos sitios muy queridos de mi corazon. Es un recuerdo de amor, ó mas bien un tributo de gratitud, porque en ellos comencé á sentir; allí se inspiró mi alma : mis primeros cantos brotaren con el suave murmurio del Tajo, al ambiente purísimo de sus riberas, y se alzaron al par de los gorjeos que entre los árboles elevan mil y mil avecillas.

La hermosa y dilatada vega, que por una licencia concedida al novelista me he permitido bautizar con el poético nombre de Valle-Real, se extiende á la orilla izquierda del Tajo. Á la derecha y situada en una llanura, se halla una alegre y bonita villa á la cual daré su verdadero nombre, siquiera sea porque corra unido con el mio. Llámase Villamanrique de Tajo.

Empero, como no es mi ánimo detenerme en este pueblecito, le saludaremos de léjos como á un antiguo conocido, y atravesando el rio iremos á visitar otra vez el sitio donde quedaron nuestros enamorados jóvenes.

Segun habian prometido por la mañana, salieron de la quinta á las cuatro de la tarde con direccion á la ermita. Miéntras atraviesan la no larga distancia que los separa, diremos dos palabras acerca del santuario.

Se encuentra situado en la cima de una pequeña eminencia, casi en la falda de la interminable cordillera de montañas que desde este punto sigue hasta internarse en los montes Carpetanos. Á su pié, se desborda impetuoso el rio Tajo, formando entre aquellos riscos una confusa armonía su plañidero sonido con los ecos de la montaña y el contínuo gemir de los vientos y las aves.

Casi todo el terreno que circunda la ermita, es árido. Ni una flor de perfumado cáliz brota en tan pedregosos peñascales.

¡Unas vegas tan hermosas, tan dilatadas y tan es-

tériles!... ¡Duéleme decirlo! y sin embargo, es la verdad. El caudal de aguas tan inmenso que las cruza, solo sirve para destruir y aniquilar mas y mas sus pobres frutos con sus continuas avenidas, cuando utilizado en un benéfico riego pudiera hacer de estos parajes el sitio mas bello y fructífero de España.

¡Triste destino! los dueños de estas vegas no han encontrado todavía la mano generosa que convierta sus eriales en plácidos edenes, no obstante los muchos proyectos; mas como todas las obras útiles y buenas se llevan por desgracia con tanta lentitud, esta, que sobre hermosear una gran porcion de nuestra España, llevaria al seno de infinitas familias la abundancia y la dicha, no tendremos el placer de verla realizada.

Mas... perdonadme, lectores mios; olvidando un momento nuestra novela me he detenido, sin saber cómo, atraida acaso por mi amor al país que describo, en hablaros de cosas completamente ajenas á nuestro asunto.

Volvamos otra vez; como á vosotros solo os importa saber de nuestros interesantes personajes, os diré que llegaron al pié del cerro donde dejaron el carruaje. Como es natural, para ascender hasta la ermita y con objeto de que á la jóven Edelmira se hiciera mas dulce la penosa cuesta, Cárlos la ofreció el brazo.

El aya y Lisa los siguieron un poco mas despacio.

— ¿Sabes lo que he observado? dijo la primera á la traviesa doncella.

— Si no me lo decís, doña Crispina, ¿cómo lo he de saber?

— ¡Oh! sí, te lo diré, porque no me gusta mucho.

— ¿Y qué es eso?

— Que encuentro demasiado galante al marqués de Selva Verde con la señorita.

— Eso nada tiene de particular. Son jóvenes y naturalmente han de consagrarse obsequios que á vuestra edad os parecen galanteos amorosos; ¿no es esto lo que queréis decir?

— Sí; me has comprendido perfectamente; y como conozco tu mucha penetracion, te indico mi pensamiento para que me digas si son ciertas mis sospechas.

— Mas tarde acaso veamos alguna cosa; hoy cualquier juicio seria aventurado.

— En eso tienes razon: apénas hace veinticuatro horas que se conocen y en este tiempo no han de haberse comprometido aun cuando se hayan enamorado; porque el amor es como una flecha, yo tengo buenos recuerdos allá de mis mocedades.

— ¡Y con todo eso permanecéis soltera!.....

— Y qué quieres, ¡hija! calamidades de la vida humana; ¡perdí á mi novio en la guerra y ningun otro ha sido de mi gusto!...

— ¡Qué lástima! murmuró Lisa con malicia, casi todas las señoras que á cierta edad permanecen solteras es por igual causa que vos. Aunque yo supongo que muchas inventarán esa fábula por disculpar su perpétuo estado de celibatismo, sin que por esto deje de creer que á vos os haya acontecido realmente.

— No debes dudarlo, contestó la solterona mordiéndose los labios.

— ¡Oh! por supuesto, contestó Lisa con irónico gesto.

— Pero volviendo otra vez á nuestra señorita, yo debo hacer presente á la señora princesa cuanto nos ha ocurrido en el viaje y el compromiso que hemos adquirido con el señor marqués; al propio tiempo no puedo prescindir de indicarle aunque de paso la observacion que te acabo de hacer.

— ¿Y qué le importará á la señora que su hija se enamore de un caballero tan distinguido como el señor marqués? ¡y mucho mas no siendo ya su idea el hacerla profesar!

— Sí; pero bueno es que lo sepa, y yo faltaria á mi deber y á las órdenes que tengo recibidas si no se lo comunicase.

Á todo esto Cárlos y Edelmira ya habian visitado la ermita y repetido infinitas veces al ermitaño sus promesas de contribuir con su proteccion al perpétuo culto de aquella pobre casa de la santa y milagrosa Vírgen de Villaverde.

— El mismo ofrecimiento hicieron el jóven marqués de Valle-Real y la desgraciada hija de don Gil.

— Pero le cumplirian, preguntó Edelmira.

— Durante su vida sí: al morir, sin duda como fueron tan desgraciados, no dejaron de su cuantiosa renta ni un leve recuerdo para esta pobre ermita.

— ¡Su desgracia no era un pretexto para que se olvidasen de la Vírgen!...

— ¿Y qué queréis? ellos, ó no se acordaron, ó no lo pensaron así.

— En fin, que descansen en paz: ahora mi mayor deseo es que nos refiráis su historia, la cual, sin saber por qué, conceptúo muy novelesca é interesante.

— Juzgáis con mucho acierto, señorita, dijo el ermitaño.

— ¿Y lleváis muchos años en esta ermita? interrumpió doña Crispina.

— Mas de cuarenta.

— ¿Seriais un niño?

— Nada de eso; otros tantos tenia cuando vine aquí. ¿Os parece que no han pasado sobre mi calva frente ochenta inviernos?

— No los representáis á fe.

— Callaos, doña Crispina y dejadle que nos cuente esa historia, que tengo viva impaciencia por saberla.

— Venid, pues, amables señoras, nos sentaremos en esta eminencia desde donde se descubre todo el valle y los sitios que mas frecuentaron nuestros héroes.

— ¡Y qué perspectiva tan hermosa se distingue desde aquí! dijo Cárlos sentándose con su amada en la eminencia adonde los condujo el anciano.

— Una imaginacion poética no dejará de encontrar bellezas en ese lejano horizonte coronado de un azul diáfano y purísimo; pero un espíritu materialista y calculador, solo hallará en esta porcion inmensa de terreno, campos estériles é infecundos por la falta de riego.

— ¿Falta de riego cuando los cruza un caudal de aguas tan inmenso? exclamó Edelmira.

— ¡Y si esas aguas no pueden aprovecharse por falta de un benéfico canal!

— ¡Qué lástima! murmuró Cárlos. ¿Y aquel grupo de casas que se distingue á la derecha?

— Es Villamanrique de Tajo, una despejada y alegre villa donde la ilustracion y la cultura ha penetrado ántes que en otros muchos pueblos de España mas populosos y con mas elementos que este.

— ¡Y ocupando una posicion tan bonita, qué lástima no se halle rodeada de huertos y alamedas que la convirtieran en un oasis delicioso!...

— Quizá los nietos de sus habitantes vean realizado algun dia ese bello sueño.

— Y decidme, buen ermitaño, ¿cómo es que mas allá se ven alamedas y jardines?

— Porque es la posesion de Valle-Real, y los marqueses de este nombre han procurado hermosearla lo posible. Unido á esta posesion y en el caz del molino, tienen una gran máquina hidráulica llamada Zua, extraordinaria por su gran dimension, la cual riega y fertiliza una porcion inmensa de terreno (1).

— ¿En ella viviria el héroe de nuestra ansiada historia? preguntó Edelmira.

— Sí, señora, y en la casita que vuestra madre ha comprado, habitó algunos años Clementina.

(1) Esta magnífica posesion se halla situada á un cuarto de legua de Villamanrique de Tajo; perteneció á la casa de los conventuales de Santiago de Ucles, y hoy es propiedad de las herederas de don Antonio Pando. Su verdadero nombre es Buenameson.

— ¡Ea! ya no damos mas treguas á nuestra impaciencia.

— Escuchadme.

El ermitaño, sacando un manuscrito, se puso los anteojos y leyó la siguiente verídica historia.

CAPÍTULO XX.

CLEMENTINA Y ALBERTO.

—

I.

Era una hermosa mañana del mes de mayo. Apénas el nuevo dia empezó á extender sobre la tierra su matutino crepúsculo, cuando una bella jóven, saliendo de la quinta de Valle-Real, fué á sentarse en la orilla del rio exclamando al contemplar las bellezas de la alborada:

— ¡Bendito sea Dios, que presenta á mis ojos tan sublime cuadro, en cuya contemplacion gozo una dicha inefable!...

Despues de pronunciar en voz baja estas palabras, se reclinó en el tronco de un árbol extraordinario por sus colosales dimensiones, pues á la sombra de su inmensa copa pueden resguardarse del sol infinitas personas.

Con los ojos fijos en el oriente y en actitud melancólica, aguardó largo rato la salida del sol para sa-